

sentido que pide la historia humana. Conocer en su significación auténtica ese proyecto, redescubrirlo permanentemente, eso es lo que obliga a los cristianos, pero también lo que es interesante para todos los hombres que tienen una sensibilidad auténticamente humana y que participan en el gran proyecto de la orientación de una historia que tenga sentido.

Las intuiciones y las reflexiones que se han presentado en la búsqueda de la "liberación" han tenido que ver con el hecho al cual han sido dedicadas estas consideraciones: la temática del éxodo, que para Israel y para el Cristianismo constituye un principio trascendental de interpretación de la historia humana y de planificación del futuro, para hablar en términos empleados por alguien. Las reflexiones que hemos querido ofrecer no tienen otra intención que la de arrojar un poco de luz en la búsqueda cristiana de América Latina, del Tercer Mundo, del Cristianismo universal.

ALBERTO RAMIREZ

Nació el 24 de enero de 1940 y fue ordenado sacerdote el 21 de diciembre de 1963. Es doctor en teología dogmática, profesor en la Pontificia Universidad Boliviana de Medellín, y en el seminario Mayor de la misma arquidiócesis. Actualmente dirige la revista "Cuestiones Teológicas".

Problemas
la situación, tan obvia en el destino universal de la
Biblia, goza de plena y pacífica aceptación en las diversas comuni-
dades eclesiales. Tampoco se aitan desde ciertos círculos teológicos
que cuestionan la existencia de ciertos problemas relacionados con la
lectura del sagrado texto. Una especie de léxico y connotaciones
curiosas y no exegéticas podría formularse así:
No exegéticas (NE): Los exégetas, que han hecho de la
Biblia un texto reservado para el
"Por cum verba, humana lingua expressa, humana scriptura scripta, (sacra)
sunt, nec oia Aeterni Verbum, humanae infirmitatis scripturae sunt, ho-
minibus tantum lectura est." (DV 13)
"Quibus? quibus sicut et ipsius Corpus hominum scripturae scripturae et
Eccliae, cum maxime in sacra lingua, non desinat ex mensura 7 ubi latet
Gógoris Christi panem sicut sumere aique libellus, portatore." (DV 21)
"Et la escuela de Luis Alonso Schökel "Escuela de la exégesis", en FONCI
LUM 7 (1971) 368-370.
Lectura II (1967) págs. 201-202

Cuatro Niveles en la Lectura de la Biblia

Antonio Izquierdo

La Palabra de Dios se ha encarnado para todos los hombres en los Libros Sagrados,¹ como pan de salvación y de vida.² Nadie está excluido de ese banquete, a no ser quien deliberadamente lo pretenda. Por esta razón, cuando surgió la necesidad, se emprendieron traducciones a lo largo de los siglos: La traducción de los Setenta en el judaísmo de la diáspora; las versiones innumerables que, desde los primeros siglos del cristianismo se realizaron tanto en Oriente como en Occidente (por mencionar algunas, recordemos la siríaca, la cóptica, la Vetus latina y la Vulgata, de tanta significación, esta última, en la vida y teología del cristianismo occidental, al ser elegida como texto oficial en la liturgia de la Iglesia de Occidente); las traducciones modernas, algunas de ellas incluso interconfesionales, en las lenguas más variadas de todos los continentes, como han puesto de relieve los comentaristas del capítulo VI de la Constitución dogmática sobre la divina revelación.

Problema

La afirmación, tan obvia en sí, del destino universal de la Biblia, goza de plena y pacífica aceptación en las diversas comunidades eclesiales. Empero, se alzan desde diversos frentes preguntas que insinúan la existencia de ciertos problemas relacionados con la lectura del sagrado texto.³ Una especie de réplica y contrarréplica entre exegetas y no exegetas podría formularse así:

- No exegetas (NE): Los exegetas, ¿no han hecho de la Biblia un coto reservado para sí?

¹ "Dei enim verba, humanis linguis expressa, humano sermoni assimilia facta sunt, sicut olim Aeterni Patris Verbum, humanae infirmitatis assumpta carne, hominibus simile factum est" (DV 13).

² Divinas Scripturas sicut et ipsum Corpus Dominicum semper venerata est Ecclesia, cum, maxime in sacra liturgia, non desinat ex mensa tan Verbi Dei quam Corporis Christi panem vitae sumere atque fidelibus porrigere" (DV 21).

³ Cf. el artículo de Luis Alonso-Schökel "¿Es necesaria la exégesis?" en: CONCI- LIUM 7 (1971) 468-476.

- Exegetas (E): ¿Es que se puede leer y entender la Biblia al pie de la letra, cuando han pasado tanto siglos desde que fue escrita, en una lengua y en una cultura muy diferente de la del mundo actual?
- NE: Ante la Palabra de Dios, ¿no interesa más el contacto directo con la Palabra que la mediación científica, frecuentemente engorrosa y estéril?
- E: Si al estudio de la Biblia se le elimina su estatuto científico, ¿no pierde la Biblia credibilidad y no se está en peligro de caer en un fundamentalismo irrisorio?
- NE: ¿No sucede que la ciencia bíblica, en ocasiones, más que servir de nutrición de la fe, la quebranta y la pone en contingencia?
- E: ¿No será que esa “fe” está sostenida por una sobreestructura endeble e inestable, trasnochada y falta de actualidad?
- NE: ¿Se tiene por la Palabra de Dios, en la exégesis actual, ese respeto y veneración que el Concilio Vaticano II pide por la Palabra de Dios escrita?
- E: ¿Se ha de confundir respecto con intocabilidad, y veneración con impenetrabilidad, olvidando que Dios habla “a la manera humana”?

Por su parte los teólogos no dejan de plantear cuestiones a los exegetas y éstos de su parte a los teólogos. Se pide al teólogo que fundamente el dogma, la moral... en la Sagrada Escritura, pero, ¿qué exegeta se esfuerza por realizar una obra de síntesis en ayuda del teólogo? Replican de parte de la exégesis: ¿Por qué el teólogo no se abre más a la investigación bíblica, saliendo del castillo de sus dogmas y de sus verdades casi “prefabricadas”? El teólogo a su vez insiste: ¿Por qué el exegeta no se dedica un poco menos al método histórico-crítico y literario, y un poco más a la teología bíblica, al contenido de la Palabra revelada? Contrarréplica del exegeta: ¿Pero es posible separar texto y significado, método y contenido en el estudio de la Sagrada Escritura?

El pastoralista diría al exegeta: ¿De qué me sirven todas vuestras investigaciones y estudios especializados al momento de la catequesis, de la homilía o de un círculo bíblico? El exegeta le podría responder: ¿Es que no tienes la capacidad de asimilar el resultado de mi trabajo y trasponerlo al nivel cultural y a la mentalidad de tus oyentes? ¿O esperas que el exegeta te dé todo ya hecho?

Causas

Cuestiones todas ellas importantes y de no fácil respuesta. Sabiendo que se están haciendo esfuerzos loables por parte de muchos para responder teórica y prácticamente a estos interrogatorios,⁴ quiero, mirando hacia el pasado, suscitar la pregunta. ¿Qué cosa ha provocado este desajuste, este desbalanceamiento entre exégesis, teología pastoral, cultura cristiana? Entre otras causas, anoto aquí dos:

1) La desintegración operada por la especialización en las ciencias bíblicas. La atomización del saber y de la investigación bíblicas ha desembocado en la dispersión de estudios tan minuciosos, particularizados y delimitados, tan técnicos, que fácilmente se olvida el conjunto dentro del que ese átomo se sitúa y la finalidad por la que se analiza en profundidad ese átomo del texto bíblico. No hay quien no vea la importancia del conocimiento de un átomo, pero ha de integrarse en la realidad de la que forma parte y al servicio de la totalidad en la que existe. El especialista mejoraría su prestación a la comunidad eclesial, si insertase su campo específico en una unidad superior de la que forma parte y tuviese en su mira permanentemente el objetivo de servicio eclesial al que se debe plenamente.

2) Por razones históricas, que ahora no es el caso mencionar, se ha dado en la Iglesia un desfase entre fe y razón, cuyos coletazos alcanzan todavía la cultura de muchos cristianos y su mentalidad creyente. Ese desfase actualmente coexiste con otro de no menor importancia: el existente entre el profano de las ciencias bíblicas y teológicas, y el anquilosamiento de las estructuras mentales de muchos fieles cristianos respecto a los libros sagrados y a su interpretación. Corresponde al creyente de hoy, y de manera muy especial a sus pastores, poner término a ambos desfases de modo progresivo y con la prudencia que recomienda cada situación.

Condescendencia Divina

Expuesto brevemente el problema y algunas de sus causas, mi intento mira ahora a proponer una solución, entre otras posibles, que satisfaga las exigencias de todas las partes interesadas: exegetas,

⁴ Me permito mencionar, entre otras posibles, la revista italiana "PAROLA, SPIRITO E VITA", que se publica dos veces al año y que ha nacido expresamente con esta intención.

teólogos, pastores, simples creyentes. Pienso que cualquier propuesta, para que merezca atención, no debe marginar ninguna de las partes implicadas en el problema. Y aquella será la mejor solución que dé cumplimiento a los deseos, requisitos y principios de los componentes.

La clave de una solución la encuentro en la condescendencia divina de la que habla DV 13.⁵ La condescendencia divina que se aplica a la coexistencia indisoluble de la Palabra de Dios en la palabra humana, sometiendo aquella a todos los avatares históricos del humano lenguaje. ¿No podrá aplicarse a la inteligencia y penetración de la Sagrada Escritura por la mente de los hombres? ¿De qué otra manera la Biblia será “sustento y vigor de la Iglesia, robustecimiento de la fe de sus hijos, alimento del alma, fuente pura y perenne de vida espiritual”?⁶ La condescendencia divina, a mi entender, no sólo es aplicable a la encarnación del Verbo de Dios en palabra humana (Escritura Inspirada), sino también a la inefable adaptación del texto sagrado y del Espíritu al hombre que la interpreta desde su historia, su cultura y su situación concreta (Escritura inspirante).

¿Cómo se expresa esta condescendencia? El modo me parece hallarlo en una sentencia de santo Tomás de Aquino: “*Quidquid recipitur ad modum recipientis recipitur*”, que traduciría al español: “El recipiente condiciona el contenido que recibe”. La palabra de Dios es acogida y recibida por todos, para todos es mensaje divino y todos se sienten interpelados por el texto sacro, pero la experiencia de uno, sus estudios y conocimiento y sobre todo su finalidad al leer la Biblia configuran en cierta forma la recepción del Verbo divino. Todos en cuanto cristianos acuden al sagrado texto para alimentar y robustecer su espíritu, pero no todos han hecho de la Palabra de Dios el objeto de su profesión científica, ni todos buscan en ella con la seriedad de la ciencia teológica la fundamentación del dogma o de la moral, ni tampoco todos se acercan a la Escritura como transmisores de la experiencia y de la doctrina religiosa inherentes a los libros sagrados, capaces de transformar la vida de los cristianos y de cualquier hombre de buena voluntad. Como en el misterio del Verbo encarnado, la condescendencia divina va unida a la “kénosis” de la Palabra escrita para y al servicio del hombre.

⁵ “*In Sacra Scriptura ergo manifestatur, salva semper Dei veritate et sanctitate, aeternae Sapientiae admirabilis condescensio... nostrae naturae providentiam et curam habens*” (DV 13).

⁶ Dei Verbum No. 21.

Niveles de lectura

Esta somera diferenciación permite —según creo— hablar de diversos niveles de lectura de la Biblia: nivel científico, nivel teológico, nivel pastoral y nivel espiritual, según sean las personas que establecen contacto con el texto y la intención con la que a él se allegan. Esto es factible porque la Escritura es polivalente y polisémica. Toda expresión lingüística en efecto es polisémica en cuanto se abre a diversas lecturas. Cabe notar, sin embargo, que los niveles no son ni exclusivos ni excluyentes. Del mismo modo que todos los lectores de la Biblia forman parte de una misma comunidad creyente, de esa misma manera los diversos niveles de lectura se integran dentro y al servicio de una única Iglesia. En la medida en que los niveles se integren y compenetren podrán prestarse mutuamente un mejor servicio y contribuir más eficazmente a la causa común: Conocimiento más profundo, vivencia más honda de la Palabra de Dios.

Se tiene la impresión de que el descontento y la desconfianza con que se miran los estudios especializados de la Biblia radiquen, en no poca medida, en la carencia de un diálogo interdisciplinar, en la ausencia de una recíproca colaboración y constante intercomunicación, en el olvido práctico de que la comprensión creciente de la Palabra divina es obra de toda la comunidad creyente, y no sólo de los exegetas, en la falta de un puente entre los verdaderos resultados de las ciencias bíblicas y la lectura, en gran parte precientífica, de muchos fieles cristianos. Y no en último término se debe al hecho de que exegetas, tal vez incluso de renombre, divulguen, sin un auténtico sentido de prudencia eclesial, opiniones e hipótesis dotadas de mucho aparato científico, pero ajenas o al margen de las genuinas creencias cristianas, mantenidas a lo largo de la historia por la comunidad eclesial y propuestas en la actualidad por el Magisterio de la Iglesia.

Presupuestos

Antes de describir y reflexionar sobre cada uno de los niveles, siento la necesidad de indicar al menos los presupuestos comunes a todos ellos, a fin de que se realice en todos una verdadera lectura eclesial. C. Chevrier habla de disposiciones intelectuales y morales. Dice que el cristiano que lee la Biblia debe, antes de abrirla, creer en su contenido divino que es Cristo, creer en la Iglesia que le ofrece ese contenido, creer en el Espíritu Santo que vivifica la letra y santifica la Iglesia. A estas disposiciones intelectuales se añaden las morales, porque la fe es sobre todo donación: la fe es el germen al

mismo tiempo que el fruto del amor.⁷ R. Lapointe comenta con una bella imagen que la dimensión existencial (es decir, de cada individuo personal) gravita en torno a un sol, que es el amor, y que este amor intersubjetivo está dotado de un movimiento de fuga hacia el Todo, que en el cristianismo no es impersonal, sino en sí mismo Trinidad y fuera de sí Iglesia.⁸ En pocas palabras, cualquier interpretación de la Escritura no puede prescindir, para que sea genuina, de la fe eclesial que conduce al amor eclesial y al amor de Dios. La cautividad de la Palabra divina en la existencia humana culmina con la cautividad de la existencia humana en el espacio interpersonal del misterio divino. De esta manera la lectura y el estudio de la Sagrada Escritura, que comienza produciendo la fruición del espíritu, alcanza su máxima gloria y esplendor.

Lectura científica de la Biblia

Se ha de entender el término “científico” en toda su amplitud, referido por tanto a las ciencias naturales y a las ciencias del espíritu, en cuanto dicen relación a la Sagrada Biblia, aunque a las últimas de manera especial. Cualquier ciencia, desde la arqueología a la botánica pasando por la estilística y la crítica histórica, puede prestar un servicio, en grado mayor o menor según su relación con la revelación divina, a la lectura y comprensión de la Sagrada Escritura.⁹ Por esto, con lectura científica quiero decir todo esfuerzo que la mente humana ha hecho, y continúa haciendo, desde los más variados campos del conocimiento, por introducirse y apoderarse más y más del texto sagrado en cuanto Palabra de Dios significativa para el hombre. Entre todas las ciencias ha gozado de privilegio las ciencias históricas, arqueológicas y literarias,¹⁰ por el hecho de que en la Sagrada Biblia se nos narra la historia de la salvación, que ha dejado huellas indelebles en la topografía de la Tierra Santa y que ha quedado canónicamente fijada como constitutiva y normativa de la fe en los Libros Sagrados.

El nivel científico, tal como ha sido descrito, corresponde en cierta forma al sentido literal del Medioevo, a lo que R. Lapointe

⁷ C. Chevrier, *La lecture chrétienne de la Bible*, p. 298.

⁸ R. La pointe, *Les trois dimensions de l'interprétation*, p. 138.

⁹ “Attente investigare debet, quod hagiographi reapse significare intenderint et eorum verbis manifestare Deo placuerit... inter alia etiam genera litteraria respicienda sunt... Alister enim atque aliter veritas... proponitur et exprimitur” (DV No. 12).

¹⁰ Privilegio no se identifica con exclusividad; hoy en día las ciencias sociológicas se están aplicando con éxito, e igualmente otras ciencias auxiliares.

denomina parámetros ontológico y estético,¹¹ que señalan el itinerario propio de la exégesis; o, para expresarlo al modo de P. Ricoeur, a la arqueología del texto.

La lectura científica de la Biblia es legítima y necesaria. Legítima, porque los libros sacros, en cuanto textos del pasado, pueden abordarse con todo derecho mediante las ciencias con las que los hombres de las generaciones pretéritas y presentes estudian cualquier texto escrito por mano de hombre. La encarnación de la Palabra divina en palabra humana hace posible tal lectura. Necesaria lo es por varios motivos: porque la fe del cristiano demanda signos de credibilidad que la apoyen, y la ciencia bíblica puede ofrecer tales signos, para impedir que los creyentes caigan en el monofisismo bíblico o en el fundamentalismo ciego e irracional; para que la soteriología cristiana no resulte desencarnada y ajena a la historia, siendo así que la Iglesia la ha considerado secularmente como "historia salutis"; para que la Biblia siga siendo una palabra viva, parlante y significativa para el hombre de nuestro tiempo.¹² Si la exégesis ha de evitar, como lo ha visto muy claramente I. de la Potterie,¹³ el condenarse a la esterilidad a causa de un uso excesivamente exclusivo del método histórico-crítico, no menos se ha de evitar el fanatismo literal, sumamente pernicioso en un mundo como el nuestro sumergido cada vez más en la irracionalidad y en la pura subjetividad.

Como cualquier otra lectura científica del mundo creado, la lectura científica de la Biblia es obra de especialistas. Estos son los exegetas, es decir, quienes gracias a sus estudios académicos y a su dedicación profesional, y mediante el instrumental que las diversas ciencias ponen en sus manos, "restituyen el sentido que la Palabra de Dios tuvo para los primeros testigos",¹⁴ "establecen lo que los autores y contemporáneos de la Escritura han entendido de la Palabra de Dios",¹⁵ desentrañan la riqueza polivalente del texto sacro; ofrecen al teólogo, pastoralista y fiel creyente la base para la siste-

¹¹ R. Lapointe, o.c. 71. El parámetro ontológico corresponde al sentido histórico del texto en cuanto perteneciente al pasado, el parámetro estético significa el texto sagrado considerado como obra de arte literaria.

¹² Cf. Luis Alonso-Schökel, *¿Es difícil leer la Biblia?*, en *Razón y fe* 210 (1984-II) 200-210; sobre todo el número dos: no es difícil leer la Biblia, sino saber leer.

¹³ I. de la Potterie, *Esegesi storico-critica e interpretazione cristiana*, en: *Parola e Spirito*, Studi in onore de S. Cipriani, Paideia, Brescia 1982, p. 6.

¹⁴ C. Geffré, *La révélation hier et aujourd'hui*, en: *Révélation de Dieu et langage des hommes*, Cerf. París 1972, p. 109.

¹⁵ E. Schillebeeckx, en R. Marlé, *Le problème théologique de la herméneutique*, p. 130.

matización teológica, para la actualización bíblica y para la sustentación del espíritu.¹⁶ De esta manera es evidente que la lectura científica de la Biblia pretende ante todo llegar a la "verdad del texto":¹⁷ en otras palabras, el exegeta en cuanto exegeta lee la Biblia particularmente "sub specie veritatis", sin que por ello tenga que hacer abstracción de las demás especies posibles (*unum, bonum, pulchrum*) conexas con la verdad. Esta verdad abarca toda la realidad de la Biblia con todas sus determinaciones históricas, pero ha de estar en unión y al servicio de la "veritas salutaris". Sólo así el exegeta prestará a la comunidad eclesial su papel de mediación. Si san Jerónimo se atrevió a decir que "comemos su (de Cristo) carne y bebemos su sangre, no sólo en el sacramento, sino también leyendo la Escritura",¹⁸ ¿no será lícito afirmar también que los exegetas, verdaderamente tales, son los sacerdotes de la Escritura, transustanciada en la carne y en la sangre de la Palabra viva?¹⁹

La lectura científica, así entendida, implica el sentido espiritual porque la Escritura respira con dos pulmones (sentido literal, sentido espiritual), pero ambos constituyen un solo órgano, una unidad sustanciada en un texto sagrado. Muy claro lo ha visto L. Pareyso al sostener que "en la interpretación (de un texto) se requiere un lenguaje que mientras habla de algo determinado diga además algo ulterior (*qualcosa di ulteriore*)"²⁰. De este modo queda al margen el reproche de Hans Urs Von Balthasar a los exegetas: "Son raros los que dan un lugar a la 'fruitio' del sentido espiritual y, todavía más raros los que le reservan un lugar de honor".²¹ Añádase a esto la eficacia y potencia de la Palabra divina en sí misma, como muestran

¹⁶ Exegetas autem catholici... collatis sedulo viribus, operam dent oportet, ut sub vigilantia Sacri Magisterii, aptis subsidiis divinas Litteras ita investigent et proponant, ut quam plurimi divini Verbi administri possint plebi Dei Scripturarum pabulum fructuose suppeditare, quod mentem illuminet, firmet voluntates, hominum corda ad Dei amorem accendat" (DV 23).

¹⁷ R. Lapointe piensa que la lectura científica de la Biblia incluye el parámetro estético. En verdad, este parámetro se incluye en cuanto sirve a la verdad, es decir, en cuanto que texto y sentido, significante y significado no pueden separarse. Pero es evidente que el 'pulchrum' no es en sí objeto de la lectura científica. Cfr. R. Lapointe o.c. p. 71.

¹⁸ Cfr. P.L. 23, 1092.

¹⁹ Mons. Neophytos Edelby, en su famoso discurso a los Padres Conciliares (cincos de octubre de 1964) decía: La Escritura es la consagración de la historia de la salvación bajo especies de palabra humana, inseparables de la consagración eucarística, que recapitula toda la historia en el cuerpo de Cristo.

²⁰ *Verità e interpretazione*, p. 209.

²¹ *La gloire et la croix*, París 1965, p. 63.

innumerables ejemplos tanto del Antiguo como del Nuevo Testamento.²²

Lectura Teológica

A algunos resultará extraño que se separe la lectura científica de la teológica. ¿No elabora la exégesis una teología bíblica y no es la teología una ciencia, más aún una ciencia fundada sobre la Biblia? Me doy perfecta cuenta de que los límites entre exégesis y teología no son fácilmente determinables, y que el exegeta debe ser en cierta manera teólogo y el teólogo a su vez ha de tener algo de exegeta.²³ Con todo es posible delimitar dos lecturas diversas, que se sitúan en dos perspectivas diferentes. R. Lapointe, por ejemplo, citando a E. Schillebeeckx, adjudica a la dogmática (teología) el mostrar cómo la Palabra de Dios, dirigida también a nosotros, hombres del siglo XX, ha de ser comprendida sin desviarla de su sentido.²⁴ C. Geffré, por su parte, sostiene que la teología debe actualizar la palabra de Dios para hoy.²⁵ Yo diría que la lectura científica tiene en consideración sólo la Biblia, y los comentarios y estudios que a lo largo de los siglos se han hecho de los libros sagrados. La lectura teológica considera la Biblia y los resultados que los exegetas han obtenido del estudio de la misma, pero además la Tradición viva de la Iglesia hasta el momento actual, Tradición que ha operado un paso muy importante de lo implícito a lo explícito y que ha ido señalando ininterrumpidamente mediante los dogmas y el Magisterio vivo de la Iglesia su fidelidad a la Biblia y al creyente de cada generación histórica.

La lectura teológica, por tanto, significa la lectura hecha por un teólogo (una persona, hombre o mujer, que posee el título académico de doctor en teología y se dedica a la enseñanza e investigación teológicas) desde la plataforma de la teología fundamental, dogmática o moral, buscando en la Biblia en conjunto o en alguno de los libros sagrados, las raíces desde y a través de las cuales llega a la teología, con todo su desarrollo y sistematización pluriceculares, fruto de la Tradición, del Magisterio y de la reflexión teológica, la

²² Antiguo Testamento: Gen. 1; Sal. 33, 6-9; Ex. 19-20; Deut. 11, 26-32; 28; Is. 40, 1-8; 44, 26-28; 48, 12-16; 55, 10-11; 1 Sam. 3, 2; 2 Sam. 12, 1-25. Nuevo Testamento: Mt. 7, 28-29; Mc. 1, 22-27; Lc. 4, 32; Mc. 2, 13-17; 3, 13-19; Mt. 8, 27; Rom. 1, 16; 15, 4; 2 Tim 3, 14-17; Hebr. 4, 12; 1 Pe. 1, 23; Sant. 1, 18.-21.

²³ P. Dacquino, en: *Commentario ella Costituzione "Dei Verbum"*, ElleDiCi, 311, nota 63.

²⁴ R. Lapointe, o.c. 57.

²⁵ C. Geffré, o.c. 109.

savia vital de la Palabra de Dios.²⁶ Un eclesiólogo leerá la Biblia con el interés de encontrar en ella la savia vivificante para su tratado de eclesiología, un especialista en sacramentos para su tratado, etc. etc... No es que el resto de la Biblia no le interese; es una exigencia y delimitación de la perspectiva en que el teólogo se sitúa. No se deforma así la Biblia ni se la manipula, como tal vez algunos pudieran pensar; únicamente se limita la atención del lector a un campo específico, sin negar otros posibles. No se trata de ir a la caza de citas bíblicas, que confirmen los dogmas o la moral católicos, sino de abrir el espíritu a la linfa vital, v.g. de la cristología, de la conciencia moral, que mana fresca y rejuvenecedora de las Sagradas Escrituras.

Siendo el teólogo un hombre de su tiempo es inevitable que su lectura bíblica esté impregnada de aquellas cuestiones sobre Cristo, sobre la Trinidad o sobre el pecado, etc., que están en la boca de todos en la época actual. Pues la teología, en su dimensión histórica, ha de comprometerse seriamente en dar respuesta a los interrogantes que suscitan los hombres de cada generación. Una teología desencarnada daría un servicio muy escaso a la comunidad eclesial. El puente, por consiguiente, entre la Biblia y las cuestiones acuciantes de los hombres de nuestro tiempo, en el campo de la doctrina cristiana, lo tiende el teólogo mediante la lectura teológica de la Biblia.

Esta lectura, al igual que la científica, persigue la verdad en la Biblia, pero bajo diversos puntos de vista y con preocupaciones diferentes. La lectura teológica no añade nada a la verdad, pero es el modo de que ésta se revele.

El Vaticano II en la constitución "Dei Verbum" enseña que "la teología se apoya, como en cimiento perenne, en la Sagrada Escritura unida a la Tradición; así se mantiene firme y recobra su juventud, penetrando a la luz de la fe la verdad escondida en el misterio de Cristo... El estudio de la Escritura sea, pues, el alma de la teología.²⁷ Explicitando la analogía conciliar, la Biblia debe ser el principio de vida y de unidad de la teología, a la manera que el alma es principio de vida y unidad del cuerpo,²⁸ sobre todo en dos cam-

²⁶ DV 12 "Ad recte sacrorum textuum sensum eruendum, non minus diligenter respiciendum est ad contentum et unitatem totius Scripturae, ratione habita vivae totius Ecclesiae Traditionis et analogiae fidei".

²⁷ DV 24: "Sacra Theologia in verbo Dei scripto... tanquam in perenni fundamento innititur, in eoque ipsa firmissime roboratur semperque iuvenescit, omnem veritatem in misterio Christi conditam sub lumine fidei perscrutando... Sacrae Paginae studium sit veluti anima Sacrae Theologiae".

²⁸ Cf. F. Pastor, en *Comentario a la Constitución "Dei Verbum" sobre la Divina Revelación*, BAC 1969, 747-784.

pos: la investigación teológica propiamente dicha y la enseñanza de la teología en los seminarios y en las facultades e institutos superiores de teología.²⁹ Para poder lograrlo es importante una más estrecha colaboración entre exegetas y teólogos³⁰ y quizá sea precisa una nueva figura de teólogo-exegeta o exegeta-teólogo, que con paciencia y grande esfuerzo intelectual, una en su trabajo ambas ciencias, consiguiendo de este modo asociar indisolublemente el cuerpo de la doctrina cristiana con el alma de la teología.

Si verdaderamente la Biblia es el alma de la teología, ésta ofrecerá a cada generación la inteligencia apropiada y renovada de la idéntica Palabra de Dios, mantenida viva en la tradición de la Iglesia. En efecto, la Tradición de la Iglesia postapostólica es la manera en que la Revelación es comprendida por la conciencia viva de la Iglesia en función de las nuevas cuestiones de los hombres.³¹ Porque la lectura eclesial de la Biblia no se sitúa fuera de ella, sino que entra en su mismo ser a título de componente sustancial,³² es una expansión del texto inspirado. La lectura teológica de la Biblia, al servicio del Pueblo de Dios y del Magisterio, forma una parte integrante de la Palabra de Dios en cuanto significativa para los hombres.

En consecuencia, nadie negará a la teología el derecho y el deber de reformular la verdad, para que posea permanentemente una fuerza e incidencias históricas, ya que la verdad revelada y los dogmas son una verdad inmutable, pero el hombre no alcanza esa verdad sino según una significación y una perspectiva histórica.³³ No es tanto la terminología y las fórmulas literarias lo que hay que reformular, cuanto el sentido, significación concreta de la verdad inmutable, de manera que hable e interpele en cada momento de la historia humana. No se niega el sentido o significado precedente, que sigue siendo válido, más bien se descubre un nuevo horizonte de sentido, una dimensión inexplorada de significado.

Lectura pastoral

Una tercera aproximación a la Biblia es posible hacerla desde la Pastoral, que engloba la homilética, la catequética, la guía es-

²⁹ Cf. C.M. Martini, en: *Commentario alla Costituzione "Dei Verbum"*, ElleDi-Ci, 451.

³⁰ Cf. C.M. Martini, o.c. 444.

³¹ C. Geffré, o.c. 104.

³² R. Lapointe, o.c. 86-87.

³³ C. Geffré, o.c. 97.

piritual, la liturgia, y cualquier otra forma mediante la cual el Pastor media con autoridad entre la Palabra de Dios y los fieles cristianos. Esta mediación se ejerce en disparidad de lugares (escuela, liturgia, grupo, casa), de formas (sistemática, ocasional), de finalidad (existencial, doxológica, política, cultural...).³⁴ El blanco al que apunta esta lectura es la Palabra de Dios en cuanto "*bonum*", ciertamente para el Pastor que la transmite, pues nadie da lo que no tiene, pero de manera específica para los destinatarios de la acción pastoral, al menos de modo implícito, están presentes las conclusiones de la lectura científica y teológica. Si no fuera así, el "bien" sería meramente aparente, y la lectura pastoral caería irremisiblemente en el vacío intelectual, e incluso en la palabrería roma y sin incidencia. En la lectura teológica los problemas de los hombres se abordan desde una angulación especulativa, buscando con la razón iluminada y sostenida por la Palabra divina, una solución que alcance una resonancia general; la lectura pastoral, en cambio, aborda los mismo problemas, pero más bien desde una posición metodológica, es decir, cómo hacer accesible al oyente o destinatario concreto la solución o los parámetros de solución que se han descubierto en la investigación teológica y bíblica, cómo lograr transmitir la "*bonitas*" del mensaje de verdad que han recabado las lecturas precedentes.³⁵ Para que esta "*bonitas*" ejerza una irresistible atracción como bien de cada hombre concreto habrá que relacionarla con el mensaje central de la Biblia y de la teología: El misterio inefable de la persona de Jesús de Nazaret. El misterio de Jesús es objeto también de las lecturas anteriormente presentadas, porque Jesús es camino (*bonum*), verdad y vida, pero lo es particularmente de las lecturas espiritual y pastoral, porque el cristianismo es adhesión a una persona (*bonum*), más que a una doctrina (*verum*). Con toda razón Mons. Edelby en el famoso discurso, ya antes citado, sostiene que el último principio de interpretación de la Biblia, y el que condensa en sí la capacidad de subyugar la existencia humana, es el sentido del misterio.

El destinatario de la lectura espiritual es el hombre concreto, con sus gozos y esperanzas, con sus tristezas y desilusiones, con sus problemas e interrogantes. Para que el Pastor haga hablar a la Biblia en beneficio de este hombre, se requiere de parte de este último una actitud de apertura y búsqueda. Primeramente ha de buscar estar en sintonía con la vida y con los verdaderos y fundamentales problemas que ella pone, porque las palabras de la Biblia son co-

³⁴ C. Bissoli, in: G. Zevini (ed), *Incontro con la Bibbia*, LAS, p. 21-22.

³⁵ C. Geffré, o.c. 106.

mo una semilla, revelan su sentido sólo si las hacemos bajar a la tierra de la vida. En segundo lugar, ha de estar abierto a la contemporaneidad de la vida celestial, de la comunidad creyente. Finalmente, ha de esforzarse por vivir según la praxis cristiana, porque es dentro de la praxis donde la Palabra desvela su sentido y sus resonancias nuevas,³⁶ praxis que es sí esfuerzo humano, pero sobre todo don del Espíritu Santo.

El proceso de actualización de la Palabra de Dios al servicio de los hombres sigue generalménte tres etapas que el pastor, de una u otra manera, habrá de recorrer. C. Geffré las resume así:

- Buscar, mediante el método histórico-crítico, el sentido originario del texto bíblico, en su contexto histórico y sociocultural.
- Leer las afirmaciones de la Biblia a la luz de la Tradición o de la expresión de la conciencia viva de la Iglesia asistida por el Espíritu Santo.
- Hacer hablar en el hoy la Palabra de Dios, tomando conciencia de la distancia cultural que existe entre el universo mental de los autores sagrados y nuestra modernidad.³⁷

Con otras palabras, R. Lapointe indica el mismo itinerario pastoral: Del parámetro ontológico al estético y del estético al existencial.³⁸ Así resulta manifiesto que el proceso de la lectura pastoral no puede prescindir de los resultados de la lectura científica y teológica.

Los responsables de la lectura pastoral tendrán muy en cuenta la advertencia del Concilio Vaticano II en la Constitución "Dei Verbum": "Es necesario que se dediquen asiduamente a la lectura sagrada y al estudio minucioso de las Escrituras, para que ninguno de ellos venga a ser un predicador vacío de la Palabra de Dios, por no haberla escuchado en su interior".³⁹

³⁶ B. Maggioni, in: G. Zevini, o.c. 67-69.

³⁷ C. Geffré, o.c. 107-108.

³⁸ R. Lapointe, o.c. 134-135.

³⁹ DV 25: "Assidue lectione sacra atque exquisito studio in Scripturis haerere necesse est, ne quis eorum (sacerdotes) fiat verbi Dei inanis forinsecus praedicator, qui non est intus auditor".

Lectura espiritual

Desde el inicio deseo anotar que la lectura espiritual significa algo diverso del sentido espiritual o inteligencia espiritual de la Escritura. Con la Patrística y la teología medieval se ha hablado de sentido literal (el que capta la realidad histórica del acontecimiento) y sentido espiritual (el que, partiendo de la historia, llega al sentido profundo y religioso del texto).⁴⁰ En el presente artículo lectura espiritual significa la lectura de la Biblia hecha por cualquier cristiano (exegeta, teólogo, sacerdote, catequista, fiel creyente), buscando en el texto sacro alimento para su espíritu, luz para su inteligencia, y fuerza para su voluntad, a fin de poder seguir caminando fielmente por la vía del Señor hasta que El venga.

El lector toma la Biblia en sus manos en una situación concreta y con un conjunto de factores inseparables de su existencia: presupuestos, experiencias, conocimientos, interrogantes, disposiciones afectivas, gustos, apriori filosóficos... este sujeto es quien lleva a cabo la lectura espiritual para ser interpelado e interpretado por la Palabra de vida, pues la Palabra de Dios es hermenéutica del hombre, en el sentido que el hombre se comprende a sí mismo comprendiendo la Escritura.⁴¹

Para que la palabra de Dios sea hermenéutica del hombre es indispensable que éste se plantee personalmente los grandes interrogantes existenciales y los viva como problemas reales que piden una respuesta concreta.⁴² Se requiere además que se logre establecer un auténtico diálogo religioso entre el creyente y Dios,⁴³ diálogo entablado en el ámbito de la comunidad eclesial, de la que la Sagrada Escritura es un elemento constitutivo, un tesoro inapreciable que conservar, una fuente perenne de rejuvenecimiento y vitalidad.

La lectura espiritual, para que logre más eficazmente su finalidad, habrá de ser asidua, diaria, si es posible. San Jerónimo la recomendaba a la monja Eustoquia⁴⁴ y san Ambrosio a todos sus fieles.⁴⁵ La Constitución "Dei Verbum" exhorta vehementemente a to-

⁴⁰ Recuérdese el famoso adagio medieval: *Littera gesta docet, quid credas analogia, Moralis quid agas, quo tendas anagogia.*

⁴¹ G. Ebeling, *Wort und Glaube*, Tübingen 1960, 319-348.

⁴² J. Gevaert, in: G. Zevini, o.c. 269-272.

⁴³ DV 25 "Meminerint autem orationem concomitari debere Sacrae Scripturae lectionem, ut fiat colloquium inter Deum et hominem".

⁴⁴ Cf. R. Lapointe, o.c. 118-119 y 138.

⁴⁵ Este carácter complementario y unitario de las diversas lecturas lo ha visto ya con mucha claridad Hugo de san Víctor, quien compara los cuatro sentidos clásicos

dos los cristianos a leer la Biblia con frecuencia para aprender la eminente ciencia de Jesucristo⁴⁶ y para resolver, en el misterio de Cristo, el misterio de la propia existencia.

La lectura espiritual constituye el punto de partida y de llegada de las otras tres, porque toda cuestión histórica o literaria, teológica o pastoral, procede de una subjetividad viviente, preocupante de su existencia. Desde este punto de vista se puede decir que el sentido de la lectura espiritual es el sentido que toma la existencia del lector. Con esto no se aclara la letra de las Escrituras, sino el destino del intérprete. Este sentido es también bíblico, más aun lo es por excelencia, porque sin él todas las otras significaciones carecerían de sentido.

Unidad en la diversidad

Terminadas las breves reflexiones sobre los niveles de lectura de la Biblia, salta espontánea una pregunta. ¿Qué relación existe entre ellos? ¿Hay algún punto de referencia que los unifique? ¿Puede haber contradicción entre los resultados de cada uno de los niveles?

Partamos de un ejemplo: La parábola del buen samaritano (Lc. 10, 30-37). El exegeta leerá el texto mediante sus conocimientos geográficos, socio-culturales y religiosos, etc. El teólogo se fijará en el valor ético o eclesiológico del texto; el pastoralista o catequista tal vez aplique la parábola a una situación de la parroquia o del grupo de catequistas; un fiel cristiano, tras la lectura, decidirá comprometerse más con la Iglesia local o gastar su vida al servicio de los más necesitados.

Es evidente la diversificación en la lectura del mismo texto sagrado, el resultado de cada una es también diferente, pero no contradictorio, como no son contradictorias sino complementarias las fotografías de un mismo edificio tomadas desde diversos ángulos y planos. Los niveles de lectura, pues, se complementan mutuamente y cada uno está al servicio de los otros. El exegeta tendrá en

con un edificio: En un primer momento se pone el fundamento de la historia o sentido literal de la Escritura. A continuación se erigen las paredes del castillo de la fe: la alegoría, tipología o analogía. El tercer elemento en la construcción es la tropología o moralidad. Por último sobre esos muros se alza la bóveda de la anagogía (Cf. PL, 176, 801).

⁴⁶ "Ita ergo lectione et studio Sacrorum Librorum 'sermo Dei currat et clarificetur' (2 Tess. 3, 1) thesaurusque revelationis, Ecclesiae concreditus, magis magisque corda hominum impleat" (DV 26).

cuenta la lectura teológica, pastoral y espiritual; el teólogo la pastoral, espiritual y científica, y así sucesivamente. Por lo demás, una misma persona puede situarse en diversos niveles de lectura, y lo hará desde sus circunstancias concretas. El exegeta por profesión leerá la Biblia científicamente, pero esto no obsta para que pueda hacer también del mismo texto una lectura espiritual, pastoral e incluso teológica. Esto mismo, "servatis servandis", vale para los demás niveles de lectura bíblica.

Puede suceder que el lector, siendo una misma persona, dé unidad a los diversos niveles de lectura, como se acaba de indicar. Pero la unidad más profunda entre los diferentes niveles no proviene del sujeto, sino del objeto e intencionalidad última de todas ellas: Esclarecer, para bien de los hombres, el misterio de Cristo y el misterio de la existencia humana. Aquí encuentran su ápice y su último destino cada una de las lecturas, y en la medida en que sirven a este objetivo son lecturas plenamente bíblicas.

Conclusión

Es algo incomprensible cómo Dios siga hablando a los hombres de nuestro tiempo a través de un texto escrito hace ya tantos siglos, pero es una verdad de fe y una experiencia profunda del cristianismo. Posiblemente la mejor explicación radique en la enseñanza de la Constitución "Dei Verbum" 12: "La Sagrada Escritura se ha de leer e interpretar con el mismo Espíritu con el que ha sido escrita". Este criterio vale para todos los niveles de lectura como fundamental y supremo. Así se realizará la exhortación final de la Constitución sobre la Divina Revelación: "Que la Palabra de Dios, mediante la lectura y el estudio de las Sagradas Escrituras, se esclarezca progresivamente, y el tesoro de la Revelación confiado a la Iglesia, llene más y más los corazones de los hombres".

ANTONIO IZQUIERDO

Sacerdote español, nació en 1944. Licenciado en filosofía y teología por la universidad Gregoriana. Enseñó teología moral en la ciudad de México y fue asesor de la dirección de estudios de la Universidad Anáhuac de 1975 a 1979. Ha sido profesor en la Universidad Gregoriana, es miembro del consejo directivo de nuestra revista, y actualmente se encuentra especializándose en Teología Bíblica en la escuela Bíblica de Jerusalén.

Piedad y teología popular en la Biblia

Henri Cazelles

Los pueblos del Antiguo Oriente viven inmersos en una intensa piedad popular. Los modernos diccionarios de egiptología o asiriología no incluyen el artículo "piedad" pues sus límites serían imposibles de precisar. Antes incluso de que la invención de la escritura nos haya aportado testimonios escritos, esta piedad ha dejado sus huellas en templos, capillas, restos de ofrendas animales o vegetales, estatuillas. La presencia de estatuillas de diosas de la fecundidad o de estatuas de dioses con cuernos poderosos y "ojos inmensos" (A. Spycket) no debe llevarnos a pensar de forma apresurada en la idolatría. En los honores rendidos a las imágenes divinas podía haber idolatría en quienes confundían la divinidad y la imagen que la representaba, pero no era éste el fondo de su vivencia religiosa. La imagen representaba o hacía presente (ahí estaba la ambigüedad) una fuerza que intervenía en el curso de la vida del hombre y sobre la cual él no tenía control alguno.

Podía ser una piedra o una roca de formas sorprendentes, levantada a modo de señal en las rutas del desierto, y de ahí el culto a las piedras en Arabia y a las montañas en Anatolia. Podían ser los astros, ya fuese por su luminosidad, ya por el ritmo de sus apariciones y desapariciones, y de los que dependía el propio ritmo de la vida humana. Eran más a menudo las fuerzas ocultas que hacían manar una fuente o desencadenaban el viento y la tormenta. Eran las fuerzas que daban fecundidad a la vegetación y a las cosechas, a los animales salvajes o domésticos, a los hombres, a las mujeres y a las tribus. Eran los dioses protectores de las dinastías y sus pueblos, cuyos ejércitos eran capaces de ofrecer su protección o de aniquilar al enemigo. Estos dioses protectores también podían brindar su protección a un hombre o a una mujer determinados, iluminándoles con sus consejos o castigándoles con cólera si no eran escuchados. En suma, la piedad popular no se dirige a un ser supremo, a un "dios del cielo y la tierra", aún cuando se reconociera su existencia. Afrentado o favorecido por estos múltiples dioses entre los cuales de-